

Julio César Jobet

José Victorino Lastarria y la democracia en Chile



LOS diversos historiadores y sociólogos estudiosos de la evolución republicana de Latinoamérica, han destacado la ejemplar organización política de Chile. Su desenvolvimiento se verificó ordenadamente, contrastando de manera notoria con el panorama de revueltas y barbarie en la mayor parte de los países iberoamericanos. Al salir de las guerras de la Independencia, Chile vivió un corto período de anarquía, rápidamente superado, y a partir de 1830 se dió una estructura institucional estable, un Estado "en forma", bajo la férrea dictadura de Portales.

La revolución de la Independencia no alteró las bases económicas y las relaciones sociales predominantes durante la Colonia. Solamente reemplazó la oligarquía española peninsular por la aristocracia criolla, dueña de la riqueza, y que, con motivo del desenlace de la guerra, entró a dominar el Estado. Durante el largo proceso de la gesta revolucionaria jugó un papel apreciable una burguesía incipiente, de tendencias liberales, en el plano político e ideológico. Además, gran parte de los jefes militares, educados en Europa, fueron partidarios de las reformas democráticas propiciadas por el sector burgués-liberal. Los grandes terratenientes y el clero, a pesar de su poderío, tuvieron que soportar la dictadura de los héroes de la Independencia durante

algún tiempo y tolerar diversas experiencias democratizantes (gobiernos de los Directores Supremos, Bernardo O'Higgins y Ramón Freire, desde 1817 a 1826).

PIPIOLOS Y PELUCONES

La rivalidad entre la aristocracia y la iglesia y los dictadores militares y elementos liberales provocó el corto período de anarquía política comprendido entre los años de 1826 a 1830. En este lapso se constituyeron las agrupaciones políticas por medio de las cuales se manifestaron los intereses y anhelos de las fuerzas sociales y económicas en pugna. Los partidos nacientes son el Conservador (pelucos) y el Liberal (pipiolos). Los pelucos reunían en sus filas a los grandes poseedores de la tierra agrícola (mayorazgos) y al clero. Eran enemigos de toda innovación peligrosa atentatoria de sus prebendas; se oponían a cualquier dominación política que disminuyera su influencia; eran partidarios de la "autoridad" y del "orden" y, como derivación, de un gobierno fuerte, autocrático. Los pipiolos, afectos al espíritu radical de los dirigentes más extremistas de la Independencia, pretendían implantar algunas reformas democráticas tendientes a sacudir el peso agobiador del colonialismo todavía intacto. En sus desordenadas huestes se confundían elementos de la incipiente burguesía urbana y minera, profesionales diversos, sectores del Ejército, y uno que otro miembro de la aristocracia. Propiciaban la tolerancia religiosa y la eliminación de los privilegios de la iglesia (diezmo, fuero y censura eclesiásticos); la supresión de los mayorazgos; el desarrollo de la enseñanza y la descentralización administrativa.

Al lado de estas dos corrientes mayores existían pequeños grupos sueltos: los federalistas, rama extremista de los pipiolos; los o'higgistas, partidarios del regreso al poder del general O'Higgins y quienes se disuelven más tarde en las falanges pelucos; los estanqueros, núcleo comandado por Diego Portales, que se transformó en el Estado Mayor intelectual del partido pelucón.

Después de breves e intensas luchas, el período de la anarquía fué liquidado en abril de 1830, en la batalla de Lircay, con la victoria de los conservadores dirigidos militarmente por Joaquín Prieto y bajo el control político de Diego Portales. El triunfo se produjo cuando ya se había afirmado totalmente la Independencia en Chile y en América y nada podía temerse de la potencia hispánica. Desde este momento las fuerzas militares no eran tan indispensables. Los pelucones, entonces, proceden sin vacilaciones ni escrúpulos a la eliminación despiadada de sus rivales políticos y de la oficialidad pipiola, estableciendo su predominio absoluto.

El distinguido historiador liberal, Domingo Amunátegui Solar, anota: "La revolución de 1830 entregó el poder a las fuerzas sociales más sólidas que componían la nación. Destruído el gobierno del Rey, sólo quedaban en pie las familias aristocráticas, que eran ciegamente obedecidas por una muchedumbre de vasallos leales y abnegados. La influencia de las familias estaba consagrada por la fe religiosa y por la posesión inmemorial de la tierra. Las clases populares no tenían ilustración alguna y, en cambio, escondían en su alma profundas raíces de fanatismo y superstición. El único peligro para el nuevo gobierno era la rebeldía del ejército derrotado en Lircay; pero esa rebeldía fué sofocada con mano de hierro por el ejército vencedor, cuyos jefes, miembros natos de la aristocracia de la tierra, o muy ligados a ella, respetaron dócilmente las órdenes impartidas desde la casa de Gobierno".

El triunfo de los pelucones quedó consagrado jurídicamente en la Constitución Política de 1833, cuyas disposiciones traducían una verdadera monarquía encubierta bajo un disfraz republicano. Aseguraba la influencia preponderante de la aristocracia y del clero (restablecía los mayorazgos; declaraba a la iglesia católica oficial del Estado; suprimía las asambleas provinciales; instituía un régimen censitario de sufragio) y confería tal cúmulo de facultades al Presidente que hacía de él un verdadero soberano. El personero representante del predominio aristocrático fué Diego Portales, líder indiscutible de la restauración colonial.

LA DICTADURA PORTALIANA

La dictadura portaliana constituyó sólidamente la república bajo la dirección política y el dominio económico de la aristocracia nacional. En esta forma, Chile se desenvuelve "normalmente", sin sobresaltos violentos, señalándose con caracteres inconfundibles frente a los demás países latinoamericanos. Ayudó al funcionamiento de este régimen simple y autoritario el carácter especial del pueblo chileno, manso, respetuoso del patrón y de la disciplina, certeramente retratado por Benjamín Vicuña Mackenna en esta viñeta: "De que los chilenos somos una raza laboriosa, asidua, sumisa de tranquilidad, sobria en todo, menos en la chicha, y además, suficientemente aguantadora del aguijón, como los bueyes, nadie podrá negarlo sin hacerse reo de impostura contra la historia y contra la luz".

Portales, hombre realista ante todo, comprendió claramente el valor de los factores indicados y sobre ellos edificó la estructura institucional de Chile. Portales liquidó a los pipiolos y federalistas; a los miembros del Ejército y, en general, a todos los elementos desafectos a sus planes, afirmando la república, de acuerdo con su rígida concepción autoritaria, en la aristocracia y la iglesia y en una fuerza militar y civil armada (guardias cívicas), de su exclusiva confianza. No era un dirigente de preparación teórica ni le interesaban las ideas. Para él únicamente poseían valor los hechos y la experiencia práctica. Descendiente de la aristocracia castellano-vasca estimó lógico y natural entregarle el poder político a su clase. Los documentos salidos de su pluma, que permiten conocer su escueto pensamiento, son escasos. El primero donde exhibe sus concepciones antiliberales y antidemocráticas es su "Carta de Lima", de marzo de 1822, a su socio José M. Cea, en uno de cuyos párrafos expresa: "La democracia, que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países como los americanos llenos de vicios, y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera República. La Monarquía no es tampoco el ideal americano: salimos de una

terrible para volver a otra y ¿qué ganamos? La República es el sistema que hay que adoptar; ¿pero sabe cómo yo la entiendo para estos países? Un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes. Cuando se hayan moralizado, venga el gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos. Esto es lo que yo pienso y todo hombre de mediano criterio pensará igual". Diez años más tarde, cuando apoyado en las fuerzas sociales conservadoras y en el "peso de la noche", impone su gobierno autoritario con un espíritu y ritmo coloniales, completa su pensamiento en su "Carta de Valparaíso", de 16 de julio de 1832, a don Joaquín Tocornal, en este trozo: "El orden social se mantiene en Chile por el peso de la noche y porque no tenemos hombres sutiles, hábiles y cosquillosos: la tendencia casi general de la masa al reposo es la garantía de la tranquilidad pública. Si ella faltase, nos encontraríamos a oscuras y sin poder contener a los díscolos más que con medidas dictadas por la razón, o que la experiencia ha enseñado ser útiles"...

Portales sucumbió en un pronunciamiento militar, cruelmente inmolado, a raíz de su política de terror, en su segundo ministerio (1836-37), pero el "orden portaliano" se mantuvo a lo largo de medio siglo. Sin embargo, desde la administración de Manuel Bulnes (1841-51), se anuncia el despertar de una conciencia liberal-democrática, iniciándose la lucha por reducir el régimen portaliano y abrir, en cambio, las compuertas del progreso político y jurídico del país.

El desarrollo económico, especialmente de la minería de la plata, carbón y cobre, permite la formación de una burguesía minera pujante y briosa, que aspira a modificar la estrecha base del gobierno y a incorporarse a él. Algunos de sus personeros unidos a una juventud inquieta, fuertemente influída por la revolución francesa de 1830 y el movimiento romántico, se precipitan en la lucha por reformar el Estado y sus instituciones. La conciencia liberal que no posee cauce político encuentra en el terreno literario una expresión adecua-

da. Se desata el llamado "movimiento intelectual de 1842", de fuerte contenido social y de gran repercusión política. En él entregó el liberalismo sus primeros frutos ideológicos. La literatura se enlaza con la vida pública y recoge sus inquietudes. En este instante aparece José Victorino Lastarria, en calidad de campeón del liberalismo y en abierta hostilidad contra la dictadura portaliana. Lastarria se alza, dentro del panorama chileno, como la antítesis de Portales. De origen social medio, formado en la Universidad, maestro, escritor, doctrinario intransigente, pensador de relieve, elevado al más alto sitio político por su cultura, sus costumbres severas y su intrepidez intelectual, es exactamente el polo opuesto de Portales, de origen aristocrático, comerciante, carente de una formación intelectual sistemática, realista, sin escrúpulos ideológicos y de costumbres un tanto disipadas. Portales echó las bases de la República autocrática; y Lastarria ha sido la figura intelectual de mayor relieve en el siglo XIX y el máximo político liberal de Chile, personificando con brillo inigualado la lucha por la democratización del país a través de la ruptura de los sólidos grilletes portalianos.

Para Lastarria, como muy acertadamente lo anota el ensayista Domingo Melfi, Portales no era el gran estadista que promueve todos los intereses de su nación; no era, por tanto, el genio de la regeneración social y política del país, era solamente el estadista de un partido que funda el gobierno fuerte de unos cuantos para dominar a su patria y sojuzgarla a un sistema exclusivo, creyendo que gobernar es dominar y contrariando la democracia.

LASTARRIA Y SU DISCURSO EN LA SOCIEDAD LITERARIA

El 3 de mayo de 1842, José Victorino Lastarria, joven de 25 años de edad, leyó un discurso famoso en la sesión inaugural de la "Sociedad Literaria" (fundada por sus afanes) que constituye el punto de partida del movimiento intelectual chileno. El gobierno fuerte y centralizador de Portales había dado estabilidad a la República. La tranquilidad política estaba conseguida, pero los espíritus permane-

cían perezosos y tímidos. El fogoso Lastarria acomete la empresa de sacudirlos, iniciando la regeneración de la literatura nacional. Y según lo recordó más tarde, desde este año de 1842, "el espíritu público emancipado comenzó a hacerse librepensador en religión, liberal en política y romántico, es decir, independiente, en literatura".

A pesar de la relativa originalidad de sus ideas, el discurso de Lastarria significó un vigoroso llamado, valiente e insólito, en aquella época timorata y apocada. En él proclama su fe en la democracia, expresa como ésta requiere para su funcionamiento riqueza e ilustración. El primer elemento puede darle poder y fuerza; el segundo, libertad individual. Y ambos elementos suponen alcanzar la madurez que exige una verdadera democracia. Cree, Lastarria, que hasta ese instante nuestro país no la había obtenido, porque "la fuerza que debiéramos haber empleado en llegar a esa madurez, que es la ilustración estuvo sometida tres siglos a satisfacer la codicia de una metrópoli atrasada y más tarde ocupada en destroz cadenas, y en constituir un gobierno independiente". Y en la tarea para llenar ese vacío reside la misión de la juventud a la cual se dirige. Lastarria lanza un vibrante llamado y exige una acción desinteresada y resuelta: "Porque, señores, no debemos pensar sólo en nosotros mismos, quédese el egoísmo para esos hombres menguados que todo lo sacrifican a sus pasiones y preocupaciones: nosotros debemos pensar en sacrificarnos por la utilidad de la patria. Hemos tenido la fortuna de recibir una mediana ilustración; pues bien, sirvamos al pueblo, alumbrémosle en su marcha social para que nuestros hijos le vean un día feliz, libre y poderoso". Entrando en el terreno mismo de la creación literaria, Lastarria analiza los modelos susceptibles de imitación que se presentan a las nuevas generaciones americanas; pesa sus cualidades y expone sus rasgos, pero, en definitiva, se pronuncia por la autonomía frente a ellos. . . "Pero llámese arrogancia o lo que se quiera, debo deciros que muy poco tenemos que imitar: nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia, debe ser enteramente nacional. . . Fundemos, pues, nuestra literatura

naciente en la independencia, en la libertad del genio, despreciemos esa crítica menguada que pretende dominarlo todo, sus dictados son las más veces propios para encadenar el entendimiento, sacudamos esas trabas y dejemos volar nuestra fantasía, que es inmensa la naturaleza. No olvidéis con todo, que la libertad no existe en la licencia, este es el escollo más peligroso: la libertad no gusta depositarse sino donde está la verdad y la moderación”... Finalmente, Lastarria afirma que la creación literaria debe ser amplia, sin limitaciones clasistas o de otra especie, abarcando todos los planos, actitudes y posiciones: “Es preciso que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho, porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado, a fuerza de sutilezas. Al contrario, debe hacer hablar todos los sentimientos de la naturaleza humana y reflejar todas las afecciones de la multitud, que en definitiva, es el mejor juez, no de los procedimientos del arte, pero sí de sus efectos”...

Lastarria se dió a conocer con el discurso reseñado y desde entonces se colocó a la cabeza de la juventud animada de propósitos creadores de acuerdo con nuevos cánones literarios e ideológicos. La “Sociedad Literaria” tuvo una existencia efímera, aunque en ella participaron algunos jóvenes de brillante trayectoria política futura: Aníbal Pinto, Domingo Santa María, Eusebio Lillo, y otros que se distinguieron en las letras: H. Irisarri, Manuel Bilbao, J. N. Espejo, Javier Rengifo. Con el objeto de ofrecer una tribuna a los escritores y de servir a su ideario liberal dió vida, en 1843, al mensual “El Crepúsculo”, donde publicó su narración breve, “El Mendigo”, considerado como el primer cuento escrito en Chile (Lastarria ha sido el iniciador de este género y dejó varias otras producciones similares: “El Alférez Alonso Díaz de Guzmán”, “Rosa”, “Don Guillermo”, “Diario de una loca”, “Mercedes” y “Salvad las apariencias”).

En las páginas de “El Crepúsculo” apareció el célebre artículo de Francisco Bilbao, ardoroso tribuno, “Sociabilidad Chilena”, di-

rigido contra la influencia reaccionaria de la Iglesia Católica. Aparte de las sanciones al autor, el periódico fué suprimido por las autoridades.

Lastarria prosiguió, sin temor, su labor intelectual y, al año siguiente, leyó ante la Universidad una memoria histórica: "Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile", provocando ardientes controversias sobre la manera de concebir y escribir la historia. En su ensayo Lastarria, desdeñando la masa documental y la narración prolija de sucesos, se lanza en consideraciones de tipo general para condenar el régimen impuesto por la corona española, variante del sistema feudal europeo, al cual acusa de ser el causante del atraso nacional y de la supervivencia de una reacción obscurantista. El ensayo de Lastarria es el intento, por primera vez en Chile, de una interpretación del pasado nacional a la luz de una posición filosófica determinada: en su caso, de una interpretación liberal de la historia del país. Al mismo tiempo suponía una condenación del método narrativo-erudito, detallista (la historia como mero catálogo de hechos). Comentó más tarde: "Habría tenido que hacerme historiador no tanto de los hechos, cuanto de las ideas". Su concepción de la historia era liberal y pragmática, pues estimaba necesario "rehacer la filosofía de la historia, porque no basta estudiar los acontecimientos, sino que es indispensable estudiar las ideas que los han producido; pues la sociedad tiene el deber de corregir la experiencia de sus antepasados para asegurar su porvenir. Las naciones no pueden entregarse a ciegas en brazos de la fatalidad: deben preparar el desarrollo de las leyes morales que las encaminan a la ventura". . . . En años posteriores dedica sus esfuerzos de investigador al análisis de la historia constitucional de su patria en varios trabajos: "Bosquejo histórico de la constitución de Chile", 1847; "Historia constitucional de medio siglo", 1851; "Comentarios de la Constitución Política", 1855, y también redacta algunos ensayos histórico-polémicos de valor circunstancial.

LASTARRIA ORGANIZA EL PARTIDO LIBERAL

Lastarria, desde 1843, entró de lleno a participar en las luchas políticas. Salió elegido diputado y dedicó sus mejores esfuerzos a revivir el partido liberal, destruido en la época de Portales. Su labor tenaz y elocuente tuvo un desenlace favorable en 1849, cuando en su calidad de representante por Rancagua, su ciudad natal, organizó una poderosa oposición al gobierno que alcanzó, durante un memorable período, la mayoría de la Cámara enarbolando "el estandarte de la reforma democrática".

La revolución francesa de 1848 repercute intensamente en la juventud chilena en igual medida que su literatura revolucionaria en boga. La contienda por reemplazar el sistema social y político imperante tomó nuevos bríos. A los elementos renovadores se les impuso la necesidad de organizar un partido político que diera forma a las reivindicaciones liberales y luchase por ellas en forma sistemática. Lastarria y Espejo redactaron "El Siglo" con el objeto de servir de vehículo a una agrupación liberal. Posteriormente, constituyó la brillante mayoría opositora en la Cámara de Diputados, dándose, en agosto de 1849, un modesto programa reformista apuntado a atacar el autoritarismo presidencial y a pedir algunas libertades. Dos meses después se organizó el "Club de la Reforma", esbozo de partido, prontamente desintegrado por el choque de corrientes adversas. Lastarria se propuso salvarlo y conjurar la crisis que lo afectaba. En su concepto, las fuerzas en lucha estaban definidas; eran dos corrientes bien características de la opinión: "la una, que sin duda era la más fuerte, quería restablecer el poder absoluto del gobierno, ese poder que tenía sus raíces y su vida en la organización política y administrativa fundada y condensada por el antiguo partido pelucón; la otra, que era la menos consistente, aspiraba a modificar esa organización para limitar el poder y dar a la nación sus derechos políticos, su legítima participación en el gobierno de sí misma". Esta segunda corriente debía tener su vehículo en el Club de la Reforma;

y para impedir su disgregación Lastarria presentó el 20 de marzo de 1850, un proyecto de reorganización del Partido Liberal naciente, aunque sin lograrlo. No se amilanó con el fracaso sufrido. En medio de los trajines partidistas se dió tiempo para incluir en la "Revista de Santiago", publicada gracias a sus esfuerzos, un trabajo virulento, destinado a condenar vicios y hábitos antisociales y preocupaciones antidemocráticas, titulado "El Manuscrito del diablo". Las autoridades suspendieron la revista a causa del escrito mencionado. En "El Manuscrito del diablo" estampa conceptos ácidos acerca de la realidad nacional, como los siguientes: "En Chile es otra cosa; hay una clase privilegiada, cuyo privilegio no está en la ley ni en los derechos de que goza, sino en el hecho, en la costumbre... Otro elemento que sirve de apoyo a esta superioridad es la riqueza; todos los antiguos nobles y caballeros del país son todavía los grandes propietarios, y como tales se han arrogado el derecho de entender o de influir en los negocios públicos... Al lado de esta influencia constantemente sostenida, tiene la aristocracia chilena las relaciones que su riqueza y esa misma influencia le procuran, no siendo la menos importante de esas relaciones la que mantiene con el clero... Un espíritu restrictivo y apocado, mucha santimonia, un apego ciego a todo lo que es retrógrado y horror a las reformas, hipocresía, disimulo, son las virtudes del hombre de orden (denominación con la cual se ha honrado y disfrazado el partido retrógrado)... Dividida así la sociedad en dos clases, una que todo lo puede y lo goza todo, y otra que nada vale"...

El fracaso en la formación del Partido Liberal no desanimó a Lastarria ni a la juventud que lo seguía. Su entusiasmo pasaba por sobre los contratiempos y se reconfortaba en las páginas ardientes e inflamadas de la "Historia de los Girondinos", de Lamartine. Su influencia fué inmensa y calurosa. Vicuña Mackenna, joven y dinámico participante de estas jornadas, ha recordado aquella época frenética en una notable relación histórica con este sugestivo título: "Los girondinos chilenos". La obra del poeta romántico francés fué leída y comentada con devoción. Los diversos dirigentes se bautizaron con nom-

bres de revolucionarios franceses, de acuerdo con la exaltación lamar-tiniana. A Lastarria, teórico y figura principal del grupo, lo denominaron Brissot.

Al desaparecer el Club de la Reforma la juventud liberal quedó huérfana de orientación y cauce. En esos instantes nació la "Sociedad de la Igualdad", organismo democrático, de carácter popular, surgida al calor de las actividades de Santiago Arcos, notable y curioso chileno, educado en Francia y empapado en el pensamiento socialista utopista de mediados del siglo, y Francisco Bilbao, igualmente moldeado en Francia, en las doctrinas de Rousseau, Lammenais, Michelet y Quinet. Los artesanos y obreros más capacitados formaron el grueso de la "Sociedad de la Igualdad". A ella se incorporan los jóvenes liberales, quienes aportaron brillo, elocuencia y pasión. Durante todo el año de 1850 llevó a cabo una intensa agitación; sus reuniones públicas inquietaron hondamente al gobierno hasta ordenar suspenderla, persiguiendo a sus dirigentes. Algunos son aprisionados y desterrados; otros lograron ocultarse, enrolándose en la sangrienta revolución civil de 1851.

Lastarria ingresó a la "Sociedad de la Igualdad", se sumó a sus tareas, y corrió valerosamente los riesgos que entrañaba su decisión. No los ignoraba y en su "Diario desde junio de 1849 hasta marzo de 1852", donde narra los sucesos de este agitado período, anota con respecto a la "Sociedad de la Igualdad": "El gobierno de los retrógrados la teme y cree que de ella ha de salir la revolución". El temor, en efecto, impulsó al gobierno a disolverla, apresando a sus principales dirigentes. Lastarria fué desterrado a Lima, donde permaneció algún tiempo. Al regresar al país estalló la cruenta guerra civil de fines de 1851. De inmediato se le detuvo y desaforó, siendo destituido de su cargo de profesor del Instituto Nacional y, de nuevo, desterrado al Perú.

Lastarria analizó los acontecimientos de esta época varios años más tarde y al enfocar el fracaso del liberalismo tal como él lo entendía, escribe: "Las vicisitudes políticas vinieron a confirmar la ver-

dad de que era imposible organizar un verdadero partido liberal, sin difundir y afirmar la doctrina democrática, pues en pueblos como los hispanoamericanos, que de ninguna manera estaban preparados para el gobierno de sí mismos, era necesario cambiar las ideas para tener nuevos hábitos políticos... Así sucedió que, triunfando desde 1851 la reacción conservadora, que puso término al desarrollo intelectual en el sentido democrático, tal como antes se hacía por nuestros esfuerzos, el partido liberal, que aún no se había consolidado, fué olvidando poco a poco sus doctrinas y perdiendo la fiel concepción de la reforma, que en otro tiempo constituía su fe y su gran interés de partido. La aspiración liberal quedó flotante, a merced de los intereses, de las afecciones personalistas, de las conveniencias, y de las transacciones que las circunstancias del momento hacían prevalecer; y el partido, que en ocasiones ha tomado la representación de aquella aspiración, ha marchado sin cohesión, sin principios fijos, sin un interés político que le dé unidad y buscando su fuerza y su apoyo en compromisos personales o en agrupaciones y coaliciones ficticias, efecto fatal de la ausencia de una doctrina política, pues que no hay partido posible, no hay ese sentimiento colectivo que da vida a los partidos, cuando falta un sistema de intereses fundados en ideas claras y en principios definidos que atraigan y asocien, como asocia la verdad. Tal es el peligro que aspirábamos nosotros a conjurar, cuando con una devoción ardiente, de todo momento y capaz de resistir toda contrariedad, nos consagrábamos a realizar esa revolución literaria que consistía en dar a la juventud una educación liberal y democrática, y nos esforzábamos por hacer prevalecer la idea liberal y los principios democráticos en todos los actos y documentos públicos en que de alguna manera podíamos influir. Separados de nuestra tarea, vencido y dispersado el incipiente partido liberal, se paralizó el movimiento de su organización, y cuantas veces hemos vuelto a la acción política, procurando ligar las tradiciones de doctrina y de interés de este partido no lo hemos hallado en su puesto, por más que lo hemos buscado”...

LA INTRANSIGENCIA DE LASTARRIA ES ACUSADA COMO VANIDAD

El cuadro que Lastarria traza de la existencia del movimiento liberal es justo. Mientras él se demostró siempre un vigoroso pensador liberal, luchador denodado en contra de la aristocracia y sus privilegios y violento anticlerical, el Partido Liberal exhibió una constante carencia de principios, y una marcada tendencia a las alianzas oportunistas. A fines de la administración de don Manuel Montt se alió con el Partido Conservador clerical (el viejo partido pelucón se dividió en "nacionales", conservadores laicos; y conservadores "pechoños", ligados estrechamente a la iglesia católica) en la llamada fusión liberal-conservadora, base del gobierno de José J. Pérez (1861-71). Tan flagrante atentado a los principios se tradujo en la separación de su sector más avanzado, formando el Partido Radical (1863). El Partido Liberal actuó conforme a sus ideas solamente un breve lapso (años finales del gobierno de Errázuriz Zañartu y administración de Santa María, 1874-1886). Más tarde, en su mayor parte, se alzó en contra del gran presidente José M. Balmaceda, quien siendo políticamente liberal propició una economía de tipo nacional-proteccionista a base de la intervención del Estado en su planeamiento y desarrollo, contraria a los cuantiosos intereses de terratenientes, banqueros y capitales salitreros ingleses. Desde este instante el Partido Liberal se transformó en una montonera de apetitos nocivos, ajeno a todo principio programático, defendiendo posiciones contrarias al pueblo y a la nación.

Lastarria se mantuvo aislado e incomprendido. Su posición doctrinaria derivada de una formación filosófica superior a la de sus contemporáneos lo llevó a repudiar la politiquería bastarda hecha de enredos y negociaciones sin trascendencia. En su larga carrera política exhibió una clara consecuencia entre sus ideas democráticas y sus actos como dirigente o representante liberal. Lastarria comprendió la política como un ministerio desinteresado y generoso, con

un fuerte sentido del honor. Defendió principios y doctrinas; rindió culto a la inteligencia y a la cultura; jamás corrió tras la fortuna y el éxito. Actuó ajeno a todo interés mezquino, con elevados propósitos y poniendo una intensa devoción. De aquí nacía su intransigencia. Miraba con horror las concesiones, “la vergonzosa componenda”, la “maroma política”, como acostumbraba subrayar gráficamente. En este plano, dentro del campo liberal, era el temperamento opuesto al de su discípulo y amigo, Domingo Santa María (presidente de la República en los años 1881 a 1886), prototipo del conductor hábil y maniobrero, y quien decía de Lastarria: “Don Victorino tiene mucho talento, puede tener hasta genio, pero no puede tener buen sentido”. Por sobre todo, Lastarria llevó a cabo un ataque sostenido, sin tregua, en contra de los gobiernos reaccionarios, proponiendo reformas para debilitar el poder omnímodo del Ejecutivo, ampliar las facultades del Parlamento y extender el derecho de sufragio.

Augusto Orrego Luco, en su libro “Retratos”, incluye una hermosa semblanza de Lastarria visto en la intimidad, suministrando datos de gran interés sobre su modo de ser y sus amistades. Comprobando su intransigencia, dice: “Ese apasionado amor a sus ideas daba un rasgo muy hermoso al carácter de Lastarria: su amor a la verdad moral, a la santa verdad, que para él no era en el fondo más que una emanación de la libertad del pensamiento y la conciencia; no era más que el ejercicio del derecho de decir lo que pensamos, lo que sentimos, lo que creemos, sin que ni las consideraciones sociales ni consideraciones de ningún género puedan obligarnos a disimular nuestras ideas y falsificar nuestras creencias”. Ese amor a sus doctrinas daba al carácter de Lastarria una sinceridad altiva que se transformaba, a veces, en injusticia para apreciar o calificar hechos, actitudes y personajes. De todos modos, su injusticia ocasional no era nada frente a la agresión continua de que era objeto y de la hostilidad y persecución a que se le sometía. Sus adversarios trataron de desfigurar su fisonomía moral y arraigaron la leyenda de la “vanidad” de Lastarria, basándose en hechos aislados o posiciones circuns-

tanciales surgidas del calor de la lucha. Citan incansablemente su famosa respuesta al diputado José J. Vallejos (Jotabeche): "Tengo talento y lo luzco", o reproducen párrafos de sus "Recuerdos Literarios". Orrego Luco esclarece que la campaña en su contra nació del odio y la envidia. La vanidad tiene algo de falso y de vacío y Lastarria poseía alto mérito, sólido y real, cuyos servicios al desarrollo político e intelectual de Chile eran enormes. Por lo tanto, no podía anidar en él la vanidad. Lastarria tenía orgullo, legítimo orgullo, a menudo exarcebado por las persecuciones e incomprensiones hasta tornarse soberbio y desdeñoso.

LASTARRIA PARLAMENTARIO, MINISTRO Y DIPLOMATICO

A su regreso del largo destierro en el Perú se incorporó a la política siendo elegido y reelegido diputado en varios períodos. Entre sus brillantes intervenciones se destacó aquella de la época de 1864, cuando pronunció un discurso de repercusión continental, con motivo de plantearse el reconocimiento del imperio de Maximiliano en México y la Cámara de Diputados aprobó una declaración suya condenando todo acto de intervención europea en América, todo gobierno que pudiera constituirse por ese motivo y todo atentado a la república representativa adoptada por sus naciones. La declaración traducía un sentimiento americanista de hondas raíces en Chile. Este magnífico documento lo reprodujo Lastarria en una de sus mejores obras: "La América" (dos volúmenes, 1865-67), donde volcó su pasión americanista reeditada varias veces.

En Santiago de Chile se había fundado una Sociedad Americanista y en ella desempeñaron un papel descollante Lastarria, Vicuña Mackenna, Manuel A. Matta y muchos otros destacados políticos, para defender la soberanía y unidad de América Latina frente a los avances de la nueva Santa Alianza constituída por Inglaterra, Francia y España con el propósito de intervenir en este continente. Sentimiento profundo y sincero en Chile a pesar de su aparente aislacio-

nismo tras los Andes y el Pacífico austral. En concordancia con dicho sentimiento llegó a la guerra contra España en defensa de la soberanía continental y por solidaridad con el Perú, su vecino afectado por la descabellada agresión española. A Chile aquel acto de elevado patriotismo americano le acarreó pérdidas cuantiosas.

En relación con los sucesos indicados Lastarria partió en Misión Diplomática a Argentina, Uruguay y Brasil, en 1865. Con motivo de su viaje pudo asistir en su muerte, en Buenos Aires, a Francisco Bilbao, el fogoso tribuno radical que no pudo regresar a su país y falleció en el extranjero. Su maestro y amigo Lastarria además de su afecto personal pudo expresarle la adhesión de sus compatriotas, hermanos de ideas y de esperanzas. De regreso compuso Lastarria unos notables "Cuadros de Viaje". (En 1879, a raíz del estallido de la guerra del Pacífico, debió cumplir una nueva misión en calidad de Ministro Diplomático ante Uruguay y el Brasil, durante año y medio y con pleno éxito).

A fines de la administración de José J. Pérez, designado representante por tres departamentos a la vez, integró el famoso parlamento de 1870, donde iniciaron su carrera pública numerosos jóvenes imbuídos en las ideas de reforma y progreso constitucionales. Este Congreso ha sido retratado de mano maestra por Domingo Arteaga Alemparte en su libro "Los Constituyentes de 1870". Al trazar la silueta de Lastarria, entre otros conceptos, expresa: "Se reveló desde los primeros días como un orador de raras dotes y de grandes facultades y llegó a ser bien pronto el líder de la mayoría... Una voz sonora, agradable y hábilmente modulada; una fisonomía severa sin ser inquieta; seguridad en el decir, pronunciación clara, límpida, perfecta; gran facilidad para tomar las entonaciones del desdén y del sarcasmo; tales son las cualidades exteriores de la oratoria, que dan realce a su elocución fácil, abundante y correcta... Apela con mucha sobriedad a las comparaciones y a las flores retóricas, y carece de expresiones gráficas e incisivas que se avienen mal con la abundancia de su elocución. En su larga historia de orador

en que pueden hallarse tantos grandes discursos, apenas se encontrará tal cual dicho memorable”.

Lastarria ocupó carteras ministeriales en dos oportunidades: la de Hacienda, en 1861, por corta temporada; y la del Interior, en 1876. En su primer ministerio demostró concretamente su oposición a los intereses de la clase terrateniente y, en cambio, se exhibió como el intérprete de las aspiraciones de la burguesía industrial-minera. Se afanó por proteger las industrias nacionales; suspendió el impuesto del cobre; legalizó las sociedades mutualistas y, para equilibrar las finanzas, propuso gravar las contribuciones reformando los aranceles de aduanas y las leyes de patentes y papel sellado. Estas medidas provocaron su retiro. En su segundo ministerio propició la reforma de la Constitución, aprobada al año siguiente, en 1877.

Lastarria era profundamente liberal en lo político; pero en el campo económico combinaba el proteccionismo y el libre cambismo. Sobre todo tendía a la defensa y expansión de las faenas mineras e industriales, entrabadas por muchas gabelas destinadas a financiar el presupuesto fiscal en provecho de los terratenientes dueños del gobierno y del aparato estatal, reacios a colocarse contribuciones.

LAS IDEAS FILOSOFICAS DE LASTARRIA

En lo filosófico Lastarria se señaló por su adhesión a las doctrinas de Augusto Comte. El gran filósofo francés alcanzó una considerable trascendencia en América. En Chile su influencia se inicia a través de las enseñanzas de Lastarria, quien publicó, en 1874, sus “Lecciones de Política Positiva”. En esta obra desarrolla su ideario filosófico bebido en el sistema de Augusto Comte, logrando una poderosa resonancia. Continúan en su línea positivista, Juan Serapio Lois, Juan Enrique y Luis Lagarrigue, Valentín Letelier, Agustín Venturino y Carlos Vicuña Fuentes. Es la influencia filosófica de mayor gravitación en Chile. La corriente historicista, derivada de Herder y Hegel, también tuvo discípulos, como ser: Francisco Bilbao, Manuel A. Matta y Jenaro Abasolo. En el historicismo la sociedad

deviene y las ideas solamente son parte de su curso. En el positivismo, en cambio, las etapas de la civilización y del desenvolvimiento de la sociedad son simples adquisiciones del pensar humano.

Según Lastarria, la ciencia y el conocer guían al mundo y en la civilización domina el pensamiento religioso, o metafísico o científico. Este es el método que aplica en sus investigaciones históricas y jurídicas y el criterio que informa todas sus actividades intelectuales y políticas. En su "Recuerdos Literarios" explica su posición: "...un criterio experimental fundado en la naturaleza humana, en sus leyes de libertad y perfectibilidad... no hacíamos la historia a título de racionalista como Guizot, Thierry o Sismondi, juzgamos cada época, cada suceso, según los casos y el concepto especial que ellos no sugiriesen, mirados a la luz de nuestras opiniones políticas o religiosas"... Lastarria da por establecida la libertad humana y la independencia del ser: el hombre posee libre albedrío; rechaza a los historiadores que descubrieron la lucha de clases en la historia de Francia, del desenvolvimiento social y de su origen material. Por otra parte, era creyente. A. Orrego Luco afirma que Lastarria no era ateo; si es verdad que no aceptaba la moral revelada, creía en Dios. Se manifestó en sus actos como un cristiano espiritualista y librepensador. Ingresó a la Masonería, aunque luego la abandonó.

Sus ideas filosóficas y religiosas le valieron el constante ataque de las fuerzas reaccionarias y clericales. Además, su acción incansable en un sentido reformista y democrático le concitó enemistades y odiosidades innumerables. Debió luchar y polemizar sin tregua. Y hasta el presente continúan apareciendo estudios y ensayos que tratan de presentarlo de manera deformada; sería un escritor negativo, perjudicial y carente de originalidad; tales ataques son injustos, productos de la incomprensión y del fanatismo. Lastarria jugó un papel extraordinariamente fecundo en la evolución política y cultural de Chile y personifica, mejor que nadie, el progreso institucional e ideológico, de carácter democrático de nuestro país en el siglo XIX. En cuanto a la pretendida carencia de originalidad, es necesario establecer una delimitación general. No fué original en el plano del

pensamiento filosófico porque no creó un sistema. Es un hecho propio de toda la América Latina. Y, ¿quién del campo de sus impugnadores puede mostrar a alguien que lo hubiera sido? En cambio, Lastarria en el estudio, comprensión y aplicación de los sistemas filosóficos europeos y, a la luz de sus principios, realizó una apreciable regeneración intelectual en Chile. Por otra parte, su acción política y educativa revistió amplios contornos y considerable repercusión, sacudiendo la modorra colonial existente.

LASTARRIA VISTO POR ALBERTO EDWARDS Y AUGUSTO ORREGO LUCO

Son muchos los escritores enemigos del papel y del significado de Lastarria en la evolución nacional. Los juicios antilastarrianos los compendia el historiador pelucón Alberto Edwards, en las siguientes líneas: "La vieja escuela liberal o reformista, veía acaudillada en el mundo de las inteligencias por don José Victorino Lastarria que, diciéndose enemigo de España y de los pelucones, representaba sobre todo las tendencias y el temperamento de nuestra raza de origen, y el espíritu y principios de los hombres de 1828. Muy atrasado y simplista en sus concepciones, nada nuevo le enseñaron sus numerosas y heterogéneas lecturas y era también incapaz de aprender cosa alguna por observación personal. Viviendo en pleno siglo XVIII con Rousseau y Raynal, se creyó apóstol de novedades y hombre de progreso. Toda su filosofía política se fundaba en el supuesto dogma de la soberanía del pueblo y en el odio a la tradición. Las fuerzas sociales e históricas sobre las que reposaban el gobierno y el orden público; el principio hereditario de la autoridad; el dominio de las clases conservadoras; la iglesia católica; el patronato aristocrático; el centralismo legado por la Colonia y favorecido en su desarrollo por la unidad geográfica y etnológica del país, el régimen constitucional vigente; todo, en fin, cuanto hacía el vigor orgánico de Chile y le defendiera de la triste anarquía que despedazaba a las demás Repúblicas del continente, se le antojaban injustas y rancias usurpa-

ciones sobre el derecho abstracto. Su liberalismo consistió pues en luchar contra el mundo real y la naturaleza de las cosas, porque no se acomodaban a la ideológica quimera sustentada por sus ya envejecidos maestros. No quiso ver en la sociedad sino una agrupación voluntaria de individuos libres e iguales, dispuestos al bien, conscientes de sus derechos e intereses, sin vínculos con las pasadas generaciones, e independientes por tanto de la compleja estructura social formada por los siglos, al través de lenta y trabajosa evolución”.

Este enfoque de Edwards, ensayista especializado en condenar la labor democratizadora de las fuerzas sociales nuevas y de sus personeros más brillantes (defensor de los gobiernos fuertes terminó su carrera política en calidad de Ministro de la dictadura de 1927-1931), ha dado vida a periódicos panfletos contra Lastarria, Bilbao, Arcos, M. A. Matta, V. Letelier, y otros adalides de la reforma y el progreso del país. En la actualidad, don Francisco A. Encina, en su monumental “Historia de Chile” (en veinte volúmenes), siguiendo la orientación de A. Edwards, lanza furibundos anatemas sobre la figura de Lastarria acusándolo de “iluso” y “desconformado cerebral”. Pero estas apasionadas diatribas rebotan en los porfiados hechos de la evolución nacional, donde la importancia de la actividad e influencia del gran maestro es indiscutible.

Lastarria fué una figura superior en el medio ambiente chileno del siglo XIX. En sus escritos aparece con todas sus fuerzas, superior si se la compara con la de los hombres de su tiempo y con la de quienes le sucedieron, proveniente del manejo de ideas profundas y de la belleza de su forma literaria, de la energía de su estilo y de la seducción de su elocuencia. A pesar de su odio a todo lo español, porque creía que nuestros defectos y vicios se debían a la herencia española, sin embargo admiraba la lengua castellana. Uno de los elementos principales de su liberalismo era su antiespañolismo. En un trozo de su “Diario”, ya citado, escribe: “. . . el partido que se llama conservador tiene por principal misión la de restablecer en la civilización y en la sociedad de Chile el espíritu español para combatir el espíritu socialista de la revolución francesa. ¡Raro capricho!

Pretender españolizar más a Chile, es lo mismo que abjurar la independencia con todas sus consecuencias y pretender que la sociedad no obedezca la ley natural del progreso humano. El partido retrógrado de Chile va en esto a parejas con la "Revista de Lima", que parece ser el órgano de un círculo también español por su espíritu y sus tendencias. Ese papel se esmera en presentar a las repúblicas americanas en un estado deplorable y como víctimas del socialismo: él llama socialismo todo lo que huele a reformas liberales en cualquier sentido".

Lastarria respecto a lo hispánico únicamente transaba en el idioma. Amaba el castellano; aceptaba el neologismo, y él mismo inventó varios, entre ellos, hizo fortuna el vocablo "siútico" para designar al individuo de origen modesto que se torna *arribista* y figurón ("dirán de mí los siúticos lo que quieran, pero no podrán decir que no los he sabido bautizar... y para siempre"). Fué el primer chileno designado miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua. Como orador alcanzó la primacía indiscutible y al leerlo hoy día se advierte en sus discursos la composición metódica, un desarrollo gradual y hábil de los argumentos, pureza de lenguaje, sencillez y sobriedad en el estilo, alejado de la retórica vana. Todo denota una aspiración excluyente a ser claro, preciso y convincente. Al mismo tiempo brotan de sus discursos la simpatía y el atractivo de quien siempre defiende los principios del derecho y de la justicia.

Augusto Orrego Luco al describir el salón literario de don Ambrosio Montt, uno de cuyos animadores era don J. V. Lastarria (concurrían Domingo Santa María, Justo y Domingo Arteaga Alemparte, Adolfo Valderrama y otros), nos entrega una hermosa semblanza suya más allá de "la cáscara marga del compadre", como decía A. Montt (Lastarria, A. Montt y Santa María se llamaban compadres) en su calidad de conversador brillante y ameno "... don Victorino extendía sobre todas sus anécdotas una nota jovial, maliciosa, juguetona y traviesa; le daba a todos los detalles una animación extraordinaria, una vida asombrosa, y había en su manera de expresarse una gracia espontánea, un picante donaire. Y luego a ese cuadro animado,

lleno de vida, luminoso y festivo, le servía de marco una voz plateada, sonora, de un timbre metálico tan puro, tan flexible y tan rica de tonos, la voz más hermosa que hemos oído en los salones y que ha resonado en nuestras Cámaras. El encanto de esa voz se hacía sentir sobre todo en las notas tan claras, tan puras, de su risa... Don Victorino como narrador era admirable por la vida, por la animación, que le daba a todo”...

LA SUPERIORIDAD INTELECTUAL DE LASTARRIA

José Victorino Lastarria es una de las personalidades más completas e interesantes de Chile y de América Latina. Maestro incansable, puso siempre una fe indestructible en la juventud. A través de sus lecciones de Derecho de Gentes, en el Instituto Nacional, modeló una brillante generación de políticos e intelectuales, y cuando se fundó la Universidad de Chile se incorporó a ella transformándose su cátedra en el más importante foco de ideas del país. Nombrado miembro de la Facultad de Humanidades, pronto alcanzó el cargo de Decano y se preocupó de estimular el progreso de la enseñanza nacional. No descuidaba el alto nivel de su cátedra; tampoco desdeñaba redactar textos didácticos con el objeto de facilitar los estudios de sus alumnos. Paralelamente a su labor docente gastó energías poderosas en crear y animar organismos literarios. A partir de la fundación de la Sociedad Literaria, punto inicial de la existencia literaria chilena insistió en varias oportunidades en el mismo propósito tratando de facilitar a la juventud un ambiente adecuado donde pudieran desenvolver sus posibilidades creadoras. En 1859, dió vida al “Círculo de Amigos de las Letras”, segunda agrupación de este género en importancia en Chile; sus reuniones se realizaban en la propia casa de Lastarria y, de esta suerte, ha sido el primer salón literario chileno. Se eclipsó con rapidez y solamente diez años más tarde logró hacerlo revivir. En su discurso inaugural expuso de nuevo sus ideas sobre la literatura y el arte. En 1873 fundó la “Academia

de Bellas Artes”, persistiendo en su noble afán de incrementar la cultura nacional.

Los esfuerzos de Lastarria en el plano de la actividad literaria chocaron con el ambiente inerte, atrasado y reacio de la sociedad chilena, siendo motejado de “tipo raro”. No obstante no desmayó en su empresa y es, sin duda, el más considerable animador ideológico del siglo XIX, mérito considerable dentro de nuestra modesta cultura. Al mismo tiempo, legó a las letras nacionales un libro capital para la historia literaria de Chile, donde narra sus esfuerzos y anhelos culturales: “Recuerdos Literarios”, publicado en 1878.

Político en el más noble sentido; escritor brillante y fecundo; periodista valeroso y combativo; pensador de bastante relieve para su época; orador singular por el fondo y forma de sus discursos, elocuente, versado y sólido; diputado, senador, ministro y diplomático, que mantuvo una admirable correspondencia con sus ideas; liberal intransigente, honesto, expositor brillante de las doctrinas reformistas, Lastarria se alza como la figura intelectual más importante del siglo pasado, a la vez que su adhesión sincera e inteligente al ideario democrático lo llevó a encimarse en el conjunto de los más valiosos reformadores del país. Actuó para lograr una amplia renovación política e intelectual y enfrentó con valor a las fuerzas de conservación social y a los gobiernos reaccionarios. En este aspecto es una figura ejemplar y ocupa un alto sitio en el progreso institucional y cultural de Chile.

